

Trabajo de la lengua / Trabajo de sentido: la lección de Alcira Saavedra sobre Ferdinand de Saussure



Héctor Andrés Peña Rodríguez
Investigador independiente / hectorandresp@yahoo.es

Trabajo recibido el 10 de agosto de 2016 y aprobado el 29 de septiembre de 2016.

Resumen

El centenario de la publicación del *Curso de lingüística general* encarna la complejidad de un problema grave: la de los que definen o ponen en evidencia la alteración de un estado de cosas. Hoy, a diferencia de cualquier otra conmemoración previa al descubrimiento de la *Orangerie* de finales del siglo pasado, debemos no perder de vista la importancia de lo que otro Saussure, no uno sólo diferente en virtud de intereses disímiles o de formulaciones divergentes en relación con el *textus receptus* del *Curso*, nos obliga a saber de su lección sobre “lingüística general”. Este otro Saussure, al que no sería desmesurado presentar como un “Saussure otro”, aparecía con especial fecundidad en las lecciones de una profesora colombiana, Alcira Saavedra Becerra, quien lo situaba como fundamento de una exploración radical: la del trabajo del sentido, la de aquello que habría que mostrarle al pensamiento como trabajo propio, aun en contra de sus propias resistencias, denegaciones, recuperaciones o forclusiones. El pensamiento debería saber que lo que sabe es un saber de lengua y que este saber, incluso sin saberse (incluso evitándolo como saber o incluso sin formularlo como saber de algo), es condición de cualquiera de sus posibles. A partir de una “lectio saussureana” que aparece, con todo y los avances filológicos que sustentan sus estudios en la actualidad, irreductible a la pureza de una doctrina (i.e. ajena a la estabilidad de *lo dicho* por el maestro), este trabajo busca exponer otra lección: aquella en la que vieron la luz, en Colombia, algunos otros “saussures” —el del trabajo del sentido, en primer lugar—, gracias a la enseñanza de Alcira Saavedra B.

Palabras clave

*Ferdinand de Saussure;
Alcira Saavedra B.;
teoría lingüística;
enseñanza de las ideas
lingüísticas;
postestructuralismo*

Abstract

The centenary of the publication of the *Course in general linguistics* embodies the complexity of a serious problem: the one of those that define or demonstrate the alteration of a state of things. Today, unlike any previous commemoration of the discovery of the *Orangerie* late last century, we must not lose sight of the importance of what another Saussure, not one just different under dissimilar interests or divergent formulations in relation

Keywords

*Ferdinand de Saussure;
Alcira Saavedra B.;
linguistic theory;
linguistic ideas' teaching;
post-structuralism*

to the *textus receptus*' Course, compels us to know his lesson on "general linguistics". This other Saussure, to whom it would not be unconscionable to introduce as a "Saussure other", appeared with special fruitfulness in the lessons of a Colombian professor, Alcira Saavedra Becerra, who placed him as the foundation of a radical exploration: the one of the work of meaning, the one of what should be shown to thought as own work, even against their own resistances, refusals, recoveries or forclusions. Thought should know that what it knows is knowledge of language and that this knowledge, even without knowing it (even avoiding it as knowing or even without formulating it as knowing of something), is a condition of any of its possibles. From a "lectio saussureana" that appears, despite the philological advances that support its studies today, irreducible to the purity of a doctrine (i.e. strange to the stability of what was said by the teacher), this article seeks to expose another lesson: the one in which some other "saussures" —the Saussure of the work of meaning, in the first place— saw the light in Colombia, thanks to the teaching of Alcira Saavedra B.

Resumo

O centenário da publicação do *Curso de linguística geral* representa a complexidade de um grave problema: os que definem ou põe em evidência a alteração de um estado de coisas. Hoje, diferente de qualquer comemoração prévia à descoberta da *Orangerie* no final do século passado, não devemos perder de vista a importância do que outro Saussure, não apenas um diferente em virtude de interesses dissímiles ou de formulações divergentes em relação ao *textus receptus* do *Curso*, obriga-nos a saber sobre a sua lição de "linguística geral". Este outro Saussure, que não seria inconcebível apresenta-lo como um "Saussure outro", apareceu com especial atenção nas aulas de uma professora colombiana, Alcira Saavedra Becerra, que o colocou como a base de uma exploração radical: a do trabalho do sentido, aquela que deve ser mostrada ao pensamento como trabalho próprio, mesmo contra suas próprias resistências, recusas, recuperações ou forclusões. O pensamento deveria saber que o que se sabe é um conhecimento de língua e que esse, mesmo sem saber (inclusive evitando-o como saber ou mesmo sem formulá-lo como saber de algo), é condição de qualquer dos seus possíveis. A partir de uma "lectio saussureana" que aparece, com tudo e os avanços filológicos que sustentam seus estudos hoje, irredutível à pureza de uma doutrina (i.e. alheia à estabilidade do que foi dito pelo mestre), este trabalho procura expor outra lição: aquela em que vieram à luz, na Colômbia, alguns outros "saussures" —o do trabalho do sentido, em primeiro lugar—, graças ao ensino de Alcira Saavedra B.

Palavras-chave

Ferdinand de Saussure;
Alcira Saavedra B.;
teoria linguística;
ensino das ideias linguísticas;
pós-estruturalismo

1. Un Saussure centenario

Que el centenario que ha concitado la reflexión y los trabajos y las congregaciones animados bajo el signo de Ferdinand de Saussure y de su legado sea, precisamente, el de la publicación del *Cours de linguistique générale* encarna cabalmente la índole de un problema. La de uno grave; no sólo la de aquellos que la investigación académica se encarga de desplegar en su importancia, o la de los que las discusiones eruditas revelan en todos los aspectos de su interés: es grave, además de importante y de interesante, saber que hablamos en este 2016 de Saussure por el *Curso de lingüística general*. Y esta gravedad, innegable al punto de parecer inevitable, resulta

a nuestros ojos, además, natural: ¿cómo no volver a pensar, cómo no pensar o cómo no seguir pensando a Saussure cuando el *Curso* cumple cien años?

Pero, quizá, lo más importante y lo más interesante de este problema grave sea el hecho de que, efectivamente, su gravedad define, hoy, *hic et nunc*, un *estado de cosas*. Más allá o más acá de un campo de trabajo filológico, de genética y de crítica textual, de lo que se podría llamar un campo de trabajo arqueológico en el que toda una matriz de lo dicho y de lo decible se abre a reconfiguraciones profundas¹, y más acá o más allá de un espacio teórico o heurístico de recomposición de las formas en que ciertas nociones o ensamblajes conceptuales varían o deberían variar los límites de lo que dan por comprendido; más acá o más allá, en suma, de lo que tenemos hoy claro y de lo que nos será aún forzoso seguir preguntándonos sobre la relación de Ferdinand de Saussure con el *Curso*, sabemos ahora bastante bien que al hablar de Ferdinand de Saussure, del *Curso de lingüística general* —y de las comillas que actualmente nos sería lícito poner en suspenso sobre el uno y sobre el otro— estamos hablando de cosas diferentes de las que hubiéramos tenido al frente si hubiéramos estado allí para celebrar, no estos cien, sino, por decir algo, cincuenta años de publicación.

Celebrar, entonces, el centenario del *Curso* de Saussure nos sitúa de un modo esencialmente diferente, frente a Saussure y a esta obra, del que habrá caracterizado al de hace cincuenta, sesenta e incluso veinte años no sólo por las razones poderosísimas que podrían ofrecer una cierta hermenéutica situada, la Teoría de la Recepción o alguna sociología de la interpretación, o por lo que una simple conciencia histórica de la exégesis haría evidente, sino porque en el transcurso de los últimos veinte años lo que representaba Saussure y por lo que contaba el *Curso de lingüística general* en esa representación han substancial e irreversiblemente cambiado. De otro estado de cosas, hablamos hace poco. Y es que *eso que son*, de un lado, el *Curso para Saussure*, y de otro lado, Saussure, “Saussure” y Ferdinand de Saussure *para* el *Curso* sería, después de 1996, del descubrimiento de los manuscritos identificados como los de la *Orangerie*, no sólo irreconocible para quienes se sumaron a conmemoraciones previas, sino que se revela, hoy, en este centenario, como objeto de minuciosas pesquisas, fuente de verdaderas incertidumbres y motivo de pugnaces tomas de partido, despreocupadas a menudo de disimular su apasionamiento.

Si ya en 1957 la fisionomía del *Curso de lingüística general* dejó de mostrar la conformidad, la imagen y semejanza que exhibió hasta entonces en relación con el espíritu creador que recreaba —o que pretendía “recrear”²—, si ya entonces Robert Godel, sin ninguna alteración en el ánimo más que prudente con el que llevó a la luz *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale de F. de Saussure*, terminaba la presentación de su obra advirtiendo a quienes “conocían” a F. de Saussure “por el *Cours de linguistique générale* y por las noticias o los artículos de Meillet, de Sechehaye, de Bally” la “sorpresa” (Godel 1957, 35) que debía suscitar en ellos la silueta de aquel Saussure que les presentaba: radicalmente reticente a la escritura y nada pródigo, ni en tiempo ni en energías, con aquellas cuestiones de “lingüística general” justo por el tiempo en que le correspondió asumir un curso que las incluía en su título (Godel 1957, 29-34); si, por decirlo rápidamente, ya desde aquel momento (el mismo de los impulsos más vívidos de lo que reconocemos hoy bajo el nombre de “estructuralismo”, valga notar), la enseñanza del maestro cobraba un volumen que las líneas en las que sus alumnos pretendieron restituirla no alcanzaban a abarcar; si

1. Aun lamentando el apresuramiento de notas como esta, que reducen a una ligera mención problemáticas inmensas, y porque, de seguro, no bastan las señales que hemos intentado ofrecer arriba, nos sentimos obligados a aclarar que “arqueología” en este punto conduce hacia el trabajo de Michel Foucault. Por no alargar la nota, nos mantendremos al margen de los debates acerca de los alcances, fundamentos, momentos, etcétera, propiamente “arqueológicos” o “genealógicos” de la obra foucaultiana. Sobre esta cuestión nos contentaremos con remitir al conocido trabajo de Angèle Kremer-Marietti, *Michel Foucault: Archéologie et généalogie* (Kremer-Marietti 1985). Ahora, extremando nuestro deseo de concisión nos limitaremos a remitir a *L'archéologie du savoir* (Foucault 1969, 15-18, 41-43, 65, 100-101, 114, 140-141, 151-153, 177-183). Aunque identifiquemos pasajes, imprescindibles a nuestro juicio, para toda aproximación a la cuestión de la “arqueología y Foucault” desde *Les mots et les choses* incluso hasta los últimos tomos de su *Histoire de la sexualité*, nos hemos esforzado por restringir nuestro uso de “arqueología” a lo que *L'archéologie du savoir*, sola, permite reconocer. Así, esta nota, que no pudimos abreviar tanto como quisieramos, nos permitiría decirlo: no son sólo los *enunciados* posibles sobre Saussure los que son diferentes en 2016, sino el propio *campo enunciativo* en el que nos referimos a él.

2. “Y nos hemos decidido por una solución más atrevida, pero también, creemos, más racional: intentar una [reconstitución], una síntesis, a base del curso tercero, utilizando todos los materiales de que disponemos, comprendidas las notas personales de Ferdinand de Saussure. Esto sería, pues, una *recreación*, tanto más difícil cuanto que tenía que ser enteramente objetiva”, ponen de manifiesto Charles Bally y Albert Séchéhaye en su “Prefacio a la primera edición” (Saussure 1994, 26; subrayamos nosotros). En esta ocasión como en todas las venideras, por aprovechar su mercedida difusión en el mundo hispanoparlante, remitiremos a la ya clásica traducción, de 1945, de Amado Alonso del *Curso de lingüística general* en su vigesimosexta edición, de 1994. A pesar del valor de esta versión, no nos rehusaremos a someterla a variaciones cuando nos parezca conveniente, según nuestra lectura del original francés, en la tanto o más célebre edición crítica de Tullio de Mauro (De Mauro 2005). Cuando así procedamos, como en este caso, introduciremos nuestra variante entre corchetes [...].

ya entonces, sin abrir siquiera una página del *Curso*, era posible saber que el nombre de Ferdinand de Saussure que aparecía en su portada figuraba de un modo todo menos natural, hoy no sólo podemos saberlo, sino que no podríamos dejar de tenerlo presente. Advertencias, conclusiones, interrogantes, hallazgos y nuevas evidencias o recomposiciones de piezas ya disponibles empezaron desde la publicación de Godel a tomar en cuenta o a concentrarse en el hiato que, según apreciaciones de magnitud variables, separaba el *textus receptus* del “pensamiento” o del “verdadero pensamiento” de Saussure. Aun apuntando la exigüidad tanto del conocimiento como de las publicaciones de un vasto conjunto de materiales manuscritos que, incluso, aguardaban en aquel momento una primera lectura, Tullio de Mauro recordaba, tan pronto como en 1967, que las “contribuciones críticas” atañedoras a lo que por entonces todavía equivalía a la cuestión del “*Curso de lingüística general y sus fuentes*”, aunque raras, estaban acompañadas por el prestigio de firmas como las de A. Burger, Lepschy, Buysens, la de Godel, por supuesto, y la de Engler (De Mauro 2005, xvi). El mismo Rudolf Engler, en un avance de lo que sería su monumental edición crítica del *Curso* (Engler 1959), establecía un elenco de trabajos sobre esta cuestión, a sólo dos años de la publicación de las *Sources* y naturalmente más restringido, en el que ya aparecían nombres como los del propio Tullio de Mauro. A pesar de no proliferar y de no perturbar la atención de los tantos y tantos que, con tantas expectativas, para tantos efectos y de tantas maneras se aferraron a la metonimia perfecta de “Saussure = su obra = el *Cours de linguistique générale*”, y a pesar de no conseguir el impacto de los que recurrieron al *Curso* sin siquiera plantearse —o incluso rechazando de plano hacerlo— las complejidades de la relación de esta “obra” con su “autor” y con el resto de su “obra”, los trabajos relacionados con ese verdadero *fondo* manuscrito ni cesaron ni fueron menores en importancia que los más cercanos a la revelación de Godel. Así, la superficie tética del *Curso*, en apariencia tan ajustada en su trama conceptual y en su urdimbre axiomática, empezaba a dejar ver tanto los contornos de un Saussure que no era ya el padre de esa Lingüística “propriadamente dicha”, escrita con la misma ele mayúscula del objeto, Lengua, que prescribe a título de “único y verdadero objeto”, como las líneas, a menudo sinuosas, muy frecuentemente interrumpidas y casi siempre menos definidas que las del *Curso*, que trazan las exploraciones saussureanas hacia una ciencia del lenguaje. En un modo que aún en las actuales condiciones nos costaría bastante precisar, ni aquéllas ni las contribuciones posteriores de Ludwig Jäger, de Johannes de Fehr, de Anna Marinetti y Marcello Meeli, de Eisuke Komatsu —por mencionar apenas algunas de las más notables— alteraron aquel encuadre en que no sólo Saussure, o el de antes o el de más allá del *Cours* o el “verdadero”, sino la mismísima función-autor “Saussure” —sirviéndonos de Foucault— se reducía, al no estar determinada más que por este como único factor, al *Curso de lingüística general*. Ni siquiera aquella publicación mucho más difundida, incluso fuera del círculo de la lingüística y del “saussureanismo” que acogió preeminentemente a las que hemos mencionado, de Jean Starobinski (Starobinski 1971), en la que el maestro de lo lingüístico como sistema de oposiciones y dicotomías daba la impresión de no temer enfrentar las aporías del anagrama del verso griego y latino, hizo que se impugnara al *Curso* como único testamento legítimo del pensamiento saussureano. Ni siquiera visto allí, sobre ese umbral entre la escritura y el habla, entre el habla y la lengua, la subjetividad y la estructura, lo sintagmático y el inconsciente, entre el significado y el efecto hipogramático, entre el paradigma y la métrica, el signo y el anagrama, el nombre de Saussure dejó de ser, en su sentido eminente, otro nombre del *Cours de linguistique générale*.

Pero este centenario, como lo decíamos, ha atravesado otro descubrimiento y otra publicación. El de 1996 y la de 2002 —ni más ni menos que en la “bibliothèque de philosophie” de la editorial Gallimard— hicieron que la “lingüística general”, la “ciencia del lenguaje” o la “lingüística” de Ferdinand de Saussure ya no pudiera ser extraída en su pureza, ni con la naturalidad de antes, de su *Curso*; los divulgados bajo el título de *Escritos de lingüística general*, que el propio Ferdinand de Saussure había circunscrito con la denominación de “Ciencia del lenguaje” y que reposaron en la *orangerie* de su hotel familiar por más de noventa años, eran textos que ya no testimoniaban, como los hasta entonces disponibles, o bien una diversidad insospechada de intereses y de campos de investigación (como la leyenda, los personajes mitológicos y la versificación), o bien los avatares genésicos del texto que Sechehaye y Bally dieron a leer en 1916 con el incomparable éxito que sabemos, sino que develaban *otro* Saussure, un Saussure *otro* en el núcleo mismo de aquella lingüística general que constituyó lo más singular de sus trazas identificatorias, ya no un Saussure diverso o divergente como el que pudo adivinarse al menos desde Godel. El *Curso*, pues, desde entonces, no es más ni la última palabra, ni la más confiable, acerca de esa “esencia” del lenguaje tal como Saussure buscó tan penosa e infatigablemente determinarla. Que voces tan autorizadas como la de Simon Bouquet (Bouquet 1997) no duden al preceptuar que a Bally y Sechehaye no les cabe el título de editores, sino el de “autores” (Bouquet y Wolf 2004) y que no lo sean sólo del *Cours*, sino *ipso facto*, de una “distorsión”, de un “ocultamiento” e, incluso, de palmarias “contradicciones” en relación con el “verdadero” pensamiento de Saussure (Bouquet 2004, Bouquet 1999), que el *Cours de linguistique générale* sea hoy llamado sin ningún asomo de reverencia (y quizá con un aire “aristocrático” muy poco concientizado) “vulgata”, y que no sea infrecuente, como en otros casos, que tal denominación resulte siendo apenas una fase en la denuncia de un “apócrifo”, lo deja claro: esta conmemoración centenaria, a pesar y quizá en contra de su ocasión, de la publicación de 1916, no podría ser ya la del *Curso de lingüística general* y Saussure, ni siquiera la de su Saussure, sino la de la diversidad aún inagotable y desconocida que este nombre recubre. El de los estructuralismos, el de los postestructuralistas, el de los del “discurso”, el del “sistema”, el de la epistemología, el de los de la semiología, el de la filosofía, el de la Gramática Comparada, el de los psicoanálisis, el de la Lengua, el del Habla, el del valor, el del signo, el de la negatividad, el de los del “verdadero”... el que, según la jovial fórmula de Michel Arrivé (Arrivé 2007, 10), “no publicó lo que escribió ni escribió lo que se publicó bajo su nombre”, ese Saussure, cualquiera de ellos y de los que seguramente se mostrarán, ya no podrá ser un Saussure como *el del Cours*. Es posible que estos cien años hayan bastado sólo para ponernos frente a una lección simple: intempestivamente o como resultado de un incesante retorno a alguno de aquellos “mismos”, *otro* Saussure estará siempre en camino de aparecer. Correspondió también a Foucault advertirnos que el del autor es un “enigma” y que es “insoportable”; hoy, somos conscientes de que el de Saussure, incluso a casi cien años de su muerte, sigue siendo, además, imprevisible³.

2. Un Saussure de “saussures” en Colombia

El Saussure en el que quisiéramos concentrarnos en esta ocasión es el de Alcira Saavedra B., profesora desde 1976 hasta 2013 del departamento que la acogió, en la Universidad de los Andes de Bogotá, bajo la denominación, casi genérica en Colombia, de “lenguas modernas”, se transformó a fines del siglo XX en el de “lenguajes y estudios socio-culturales”, y muy

3. Lo que hasta aquí ha quedado dicho podría contar, con una cierta redistribución de énfasis y con algunas ampliaciones seguramente necesarias de algunos puntos, como la presentación bastante somera de un problema no sólo “grave”, como lo hemos caracterizado, sino doble: en desplazamiento y en desdoblamiento. El de la *lectio saussureana* no es sólo el de leer y de distinguir aquello que debe atribuírsele a Saussure como propio u original; este problema es además y quizá en un grado que ni el desarrollo total de las tareas filológicas aún pendientes podría reducir el de su lección. El de lo que Saussure enseñó. Así, dicho rápidamente, el problema de la lección saussureana, por sus encadenamientos y ritmos históricos, se muestra singularmente rico e intrincado: la sola denominación de “Lingüística” o de “lingüística estructural” es tanto la prueba como el resultado de los efectos de este problema, llamémoslo, “pedagógico” por no decir “acroamático”. Los lingüistas del siglo XX no parecieron preocuparse mucho por asegurarse de la autenticidad de lo dicho por el maestro para aprender de él; pareció que el valor de su lección eclipsó la preocupación de que fuera en efecto *suya*. Lo hemos dicho: este “problema pedagógico” es casi insondable entre Saussure y el *Cours* (y sus alumnos... los de éste y los de aquél). Pero, evidentemente, no les es exclusivo; estriba en la índole misma de cualquier lección. Lo leve del posesivo español “su” viene en este punto a socorrernos con su materia casi gaseosa: decir “su lección” podría perfectamente, pero nunca completamente, corresponder a la “de sus alumnos” o a la “de Saussure”. Ahora, lo que diremos en el apartado siguiente, y sin ningún efecto pretendido de *mise en abyme* de algún tipo, busca, como queda claro desde el título de este artículo, exponer una lección. La de una maestra sobre un tema particular, esencialmente. Pero no completamente: en primer lugar, porque no contamos con un *corpus* que sirva de indicio o de sustento al deseo de acceder a su lección en cuanto tal (en cuanto propiamente o exclusivamente *suya*). El precio de esta necesaria carencia de “objeto”, de esta creemos imposibilidad de exponer aquí y como tal lo que *de facto* o *de iure* es legítimamente suyo, no parecerá tan alto si señalamos que la presentación de la lección de la profesora Saavedra no es sólo efectivamente improbable (como cualquier otra), sino, en lo referente al tema de este trabajo, materialmente irrealizable: ni existe un conjunto de notas preparatorias que den cuenta de lo que profería de hecho en sus cursos sobre Saussure, ni los apuntes de sus estudiantes podrían sustentar por sí mismos las exigencias de crítica o de interpretación de un trabajo académico que aspirara o a tomarlos como objeto o fuente técnica. De este modo, el presente artículo ha tenido que apoyarse sustancialmente (considerando imposible hacerlo “objetivamente” sin desnaturalizar, además, su propósito: el de presentar una lección) en notas de estudiantes entre ellas, las más que asistieron a los cursos de “Lingüística II” y de “Teorías de lenguaje II” de la profesora Saavedra. Toda mi gratitud a quienes pusieron a mi disposición estos apuntes. A Alcira Saavedra, por supuesto, una manifestación profunda de agradecimiento por la conversación y los materiales con los que hizo posible este trabajo. Y por su lección, desde luego; por la oportunidad de hacerla no sólo *suya*.

recientemente quiso darse el nombre de “lenguas y cultura”. Como titular de las cátedras de “Lingüística” o de “Lingüística general”, que ella, por razones en las que su aproximación a Saussure —como se verá— son determinantes, bautizó en 2001 “Teorías del lenguaje”, Alcira Saavedra puso en contacto por primera vez con el *Curso de lingüística general* a numerosas generaciones de estudiantes de literatura, de filosofía, de antropología, de psicología y de su propio departamento, que, en su mayoría y según los programas de “Español” o de “Lengua Castellana” de sus respectivos programas escolares, recordaban a lo sumo la elipse del arbolito y los términos de “significado” y “significante”, que resguardaban lo más relevante del legado de una ciencia llamada Lingüística.

No era usual ni a finales de los años setenta ni ahora que en un curso de lingüística general la referencia a Saussure empezara con una lectura atenta del “prefacio a la primera edición francesa”. No se trataba de un seminario sobre el *Curso* o sobre Saussure (inexistentes por entonces en Colombia y aún raros, no sólo en Colombia), y los estudiantes estaban familiarizados, al no existir en la Universidad de los Andes un programa profesional de lingüística, casi menos que casualmente con los marcos, métodos y términos del programa científico que se desbrozaba en aquel libro. Aunque algunos o algunas de los estudiantes, primero los de su departamento, y después los Literatura y Filosofía por sus estudios obligatorios de lenguas clásicas o los de Antropología por la posibilidad (hoy tristemente inexistente, con la desaparición del importante CCELA, Centro Colombiano de Estudios de Lenguas Aborígenes) de iniciarse en la universidad en el conocimiento de las lenguas aborígenes colombianas, hubieran tenido conocimiento de morfología, sintaxis y fonética, el *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure que presentaba la profesora Alcira Saavedra era, en general, un objeto desconocido.

Sin ahondar en la sinuosa trama genética del libro que presentaba como “momento inaugural de la lingüística moderna”, la profesora Saavedra abría, sin embargo, el espacio para que ciertas ideas inercialmente recibidas y no pocos prejuicios enciclopédicos acerca de “Saussure y su obra” se enfrentaran con las complicaciones que Bally y Séchéhayé describían en su “prefacio”, con las que dan la idea de resolver, y con las que ellos mismos creaban en aquel fino mecanismo de presentación, homenaje, declaración de principios, verdadero “marco teórico”, filigrana retórica de preterición (y por qué no de decirlo: de silenciamiento). Pero, seguramente, la complicación más seria que aparecía en la lectura de aquel sistema dinámico de relevos, traslados, préstamos, trueques y usufructos que describen los autodenominados “reconstructores” de la “intención del autor” (Saussure 1994, 27), como invitaba a presentirlo la profesora Saavedra, era la que mediaba, casi mecánicamente —como la de los relojes—, no sólo entre la palabra del maestro y la materia de su lección, entre el carácter exploratorio que Saussure nunca intentó si quiera disimular a expensas de una eventual doctrina y la organicidad de una enseñanza, sino entre este otro “padre” —como Sócrates, Jesús, etcétera—, ya no ágrafo sino “gramatófobo”, y la idea misma de escribir.

A este Saussure, al que nosotros mismos hemos dirigido la mirada de manera más o menos oblicua en nuestra introducción, Alcira Saavedra no le prestaba mucha atención; ni a él ni a los problemas de autenticidad, de intención —de autoridad, en una palabra— que el propio *Curso de lingüística general*, como en una extraña denegación o forclusión, se encarga,

tan pronto y tan ostensiblemente como desde el “prefacio”, de ocultar, de excluir, de resaltar y de incorporar a un solo tiempo. Para ella, si el texto del *Curso* tal y como se difundió desde 1916 dejaba entrever por sí mismo las voces y las miras de varios “saussures”, la preocupación de restaurar, de fijar o de llegar al establecimiento de *un* Saussure, así fuera del verdadero, del genuino, del Saussure por el que sólo Saussure podría responder, equivalía a una simplificación y, sobre todo, a una pérdida. A una pérdida importante para quienquiera que debiera leer con atención el *Curso de lingüística general*, para cualquiera que se entregara a la tarea, tan ardua ahora como entonces, de leer sin reatos de conciencia esta obra no como producto (de algún alguien), sino, para decirlo con la sugerente expresión de Eliseo Verón (Verón 1993, 73), “en producción”, o en un tono kristeviano, como “productividad”, como productividad, incluso, de diferentes y hasta divergentes “saussures”.

La lectura de aquel “prefacio”, sin embargo, no servía exclusivamente de umbral a los intrincados caminos que llevaban de un Saussure a otro en el recorrido trazado por Alcira Saavedra a través del *Curso*. Sin explicitarlo y sin hacer de ello un tema de reflexión, aunque permitiendo ver allí toda la envergadura de un asunto crucial, su interpretación, por una parte, señalaba la importancia de no evitar el encuentro con la diversidad de “saussures” que aparecían de modo más o menos imprevisible, por ejemplo, en los pasajes dedicados a la teoría de la sílaba y a la dialectología o en los saltos, por mencionar uno de los más abruptos, de la “Naturaleza del signo lingüístico” a las “Generalidades” de la “Lingüística sincrónica”, y, por otra, del reconocimiento permanente de aquel Saussure del que, con una elocuencia insaturable, Robert Godel retoma casi únicamente en su introducción a las *Sources*, citándolas *in extenso*, declaraciones de desistimiento o de contrariedad ante el proyecto de escribir sobre “lingüística general”. Ese Saussure, el Ferdinand de Saussure de “cierta exigencia, oculta, permanente, que lo sostiene y lo devora”, el del “drama de pensamiento” con el que el prominente Émile Benveniste (Benveniste 1963, 37) buscaba explicar la renuencia saussureana a someter sus ideas a las formas del escrito no debería cerrar el paso al avistamiento, al hallazgo o al cruce de otros “saussures”. La presencia, o quizá la ausencia, o aún mejor, las maneras de ausentarse de este Ferdinand de Saussure no podrían, para Alcira Saavedra, ser simplemente obliteradas o ignoradas; pero tampoco debería poder ocultar, ni siquiera resumir o sintetizar, las apariciones de aquellos otros que las publicaciones autógrafas y el *Curso* registran o crean y que, el *Curso*, como ningún otro de “sus” textos, ha permitido recrear o inventar. En este punto, y de un modo cuya semejanza exigiría desarrollos más cuidadosos que los que podemos adelantar en esta ocasión, la posición de Alcira Saavedra parece muy próxima a la de Godel; ambos, señalando la necesidad de decirlo, sin desplegarla, exponían un hecho difícilmente eludible: si quisiera concedérsele toda la importancia a lo expresa y directamente manifestado por Saussure, si se tomaran al pie de la letra anotaciones de su propio puño y letra dictadas por una franqueza indiscutible, sería forzoso admitir que la de la “lingüística general” era para Saussure, al momento de impartir sus cursos sobre ella, una materia de reflexión o bien ya despachada, o bien incómodamente funcional para investigaciones de mucho más valor e interés para él. Sabemos bien que los autores, mucho más frecuentemente de lo que podría tomarse como la excepción de confirmación de una cierta regla, no son los mejores lectores ni intérpretes de sus obras; ahora bien, esta *situación* de Saussure con respecto a lo que comprendía por “lingüística general” no se corresponde en realidad con lo que debería

entenderse como una interpretación. Leer el *Curso de lingüística general* en este orden de ideas, según Saussure, de acuerdo con lo que explícitamente hizo saber el maestro sobre la lección que impartía, conduciría a alguna de dos conclusiones forzosas: o leeríamos el suplemento más que deficiente de un trabajo ya hecho y considerado, como mínimo diez años antes, indigno de publicación, o leeríamos el intento de establecer unos cuantos principios cuya valía, efectivamente ancilar, dependería estrictamente de aquel “lado casi etnográfico” de una lengua que Ferdinand de Saussure expresaba como su interés verdadero. Alcira Saavedra —y no abusaremos aquí imaginando siquiera que Godel la acompañaría en este punto— no ocultaba la gracia que podría tener la ocasión de “mostrarle a Saussure, a través del *Curso de lingüística general*, lo que había hecho”, aprovechando así muy sugerentemente la plasticidad casi ilimitada del célebre lema saussureano de “mostrar al lingüista lo que hace”.

Pero, tal como hemos dicho, el propósito de la profesora Saavedra (quien por otra parte nunca quiso presentarse como una especialista de los estudios saussureanos, ni serlo) no fue el de mostrarle nada a Saussure ni el de moldear una efigie suya particular. Concentrada en una lectura minuciosa del *Curso*, que, a medida que avanzaba en la transformación de sus clases de “Lingüística” en clases de “Teorías del lenguaje”, fue acotando al mencionado “prefacio”, los capítulos I-VII de la “introducción” (Saussure 1994, 29-63), los “principios generales” de la “primera parte” (capítulos I-III) (Saussure 1994, 91-124) y la integridad de la “segunda parte”, dedicada a la “lingüística sincrónica” (Saussure 1994, 125-163), Alcira Saavedra, escuchando en las resonancias de aquella fórmula, “mostrar al lingüista lo que hace”, no sólo la primera y la última palabra de cualquiera de los “saussures” con los que sea posible toparse, sino un principio, ético además de teórico, epistemológico o metodológico, fundamental para cualquier joven interesado en el trabajo del lenguaje, fijó allí un punto de partida. En el *Curso de lingüística general* y en ese designio saussureano: “mostrar al lingüista lo que hace”. Para ella, con aquellos jóvenes, no podría haber comienzo digno de ese nombre, no podría haber un comienzo riguroso, como esos que parecen trazar un destino, sin “mostrarle al que piensa el sentido como trabajo”.

2.1. Mostrarle al que piensa el Saussure del “trabajo de sentido”

No hará falta decir, entonces, que ni siquiera cuando llevaban ese nombre, los suyos eran *stricto sensu*, eran sólo, cursos de “lingüística”. Si bien las herramientas disciplinares de análisis y de descripción de los sistemas lingüísticos eran presentadas y puestas a prueba con robustez, el horizonte al que incesantemente conducía la mirada de sus estudiantes Alcira Saavedra era el que aparecía, siempre más allá, de lo que ella denominaba “trabajo de sentido”.

“Trabajo de sentido”, expresión recurrente no sólo en sus clases de “lingüística” y de “teorías del lenguaje”, sino, y quizá más insistente y sobre todo determinante, en sus clases de “procesos textuales” y de “gramática del sentido”. Expresión que bien podría, con las modulaciones y precisiones correspondientes, estenografiar su trabajo pedagógico, sus producciones académicas y, además, lo más constante y central de sus meditaciones y proyectos. Expresión que, dado el objeto central del presente texto, conviene no tardarse en situar allí en el terreno del que es inseparable y del que lo fue aun cuando condujo exploraciones en el análisis literario, los Estudios

Culturales (Saavedra et al. 2010), en la incesante lectura de Jacques Derrida (Saavedra 2005, Saavedra y Salcedo 2015), de Roland Barthes y de Julia Kristeva, entre otros y otras, en el estudio de las migraciones, las hibridaciones y las identificaciones nacionales; expresión, en suma, indisociable de aquella otra, nunca del todo equivalente e igual de decisiva para Alcira Saavedra, de “trabajo de la lengua”. No había ambages en su lección: en el *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure se encontraba el fundamento de aquel “trabajo”, de un “trabajo de sentido” que no podría concebirse, i.e. no podría establecerse en sus líneas mínimas de avance ni procurarse los conceptos que definirían su validez en cuanto formulación de un modo específico de comprensión, sin entenderse en su principio, en su desarrollo y en sus efectos —sin entenderse *de facto*— como “trabajo de la lengua”.

En este preciso orden de ideas, en el que, cual una especie de *double bind*, sería, por una parte, inevitable decir que el “trabajo de sentido” es “trabajo de la lengua” y, por otra, habría que encontrar la forma de hacer que “es” en tal estructura copulativa no dijera una equivalencia o efectuara una identificación, el *Curso de lingüística general* no se mostraba sólo como fundamental o imprescindible, sino como efectivamente inaugural. La profesora Alcira Saavedra lo hacía notar desde el comienzo: más que *petitio principii*, axioma teórico o decisión metodológica, lo que el *Curso* hacía transformando el Lenguaje en Lengua no era ni más ni menos que afirmar, en una estructura análoga a la que nos salió al paso en la anterior frase, que una ciencia del lenguaje es una ciencia de la lengua. Si, como resultaría casi ocioso recordarlo, el *Curso* distingue con el par lenguaje/lengua, respectivamente, una “facultad” “multiforme” y “heteróclit[a]; a caballo en diferentes dominios, a la vez físic[a], fisiológic[a] y psíquic[a]” (Saussure 1994, 37) de un “hecho social”, una “totalidad en sí y un principio de clasificación” (Saussure 1994, 37) que “hace la unidad del lenguaje” (Saussure 1994, 39), lo que invitaba a identificar la profesora Saavedra en esta definición saussureana del “objeto de la lingüística”, en esta obtención sustractiva de la esencia “objetual” de “un sistema de signos” (Saussure 1994, 43) de entre la materia inclasificable de un universo siempre heterogéneo de fenómenos, era una ruptura. Y no sólo aquella *coupure saussurienne* con la que se quiso pensar en Saussure como Althusser preconizaba pensar a Marx. Se trataba para ella, con esta ruptura, de hacer patente un quiebre radical en una disposición tan importante como la del saber mismo: en el *Curso*, por primera vez en veinticinco siglos y con los efectos que todos sabemos, las reflexiones sobre el lenguaje se liberan de los dos anclajes consuetudinarios en que la raíz misma de la *Episteme*, como determinación de un decir verdadero, se afianzaba al amarrarlas. Ni la imagen de un *ordo rerum* ni la manifestación de algún proceso o estado del espíritu darían cuenta ya o bien de una pretendida esencia o bien de alguna función primera del lenguaje⁴.

El tono de Alcira Saavedra, como se ve, daba la impresión de ser taxativo y podría juzgarse como desmesurado: “primera vez en veinticinco siglos”. Pero no tardaba en patentizarse su justeza a este respecto. Gracias a la decisión con la que ella equilibraba —o por qué no decir: contrarrestaba— el recato con el que el *Curso* consigna no pocos avances nada menos que revolucionarios, aquella definición temprana de la lengua como “sistema de signos que expresan ideas” (Saussure 1994, 43), que se encadena en las primeras páginas del curso con la acuñación, también fundacional, de la “semiología”, desplegaba su alcances a través incluso de su aire trivial,

4. Nos complace anotar, así sea en este lugar, que Claudine Normand no sólo fue la primera en interrogar las condiciones para hablar de una “coupure saussurienne” (Normand 1995) sino que es también quien con mayor precisión la resume y la sitúa. En su invaluable *Saussure*, para Les Belles Lettres, describe este quiebre y lo que hemos llamado arriba “anclajes” así: “En el momento en que Saussure enseña la lingüística general la evidencia para los lingüistas es que se ocupan del lenguaje y de las lenguas; lo dicen, sin llegar a establecer una relación clara entre los dos términos” (Normand 2004, 29). Y más adelante: “[la tradición gramatical] se funda en lo que se designa frecuentemente con la expresión ‘paralelismo lógico-gramatical’ o ‘teoría del lenguaje-traducción’ [...] el funcionamiento del pensamiento gobierna al del lenguaje [...] La gramática ‘especulativa’ es decir, en el sentido propio, ocupada de los ‘reflejos’ del pensamiento en el ‘espejo’ de la lengua [...] Mediando la aceptación del postulado semántico: el lenguaje refleja el pensamiento del mundo y del postulado lógico: el lenguaje es el instrumento de la verdad” (Normand 2004, 34). No es entonces una modificación “intra-paradigmática”, por decirlo rápidamente, la de Saussure al “cortar” el lenguaje en lengua; no es simplemente un “punto de vista” un posicionamiento teórico concentrarse, como Saussure (de nuevo con Claudine Normand), en el “descubrimiento de ese saber de la lengua, dejando de lado el saber sobre la lengua” (Normand 2004, 39).

tradicional y, en efecto, contradictorio. Porque precisamente “significar” en el sentido absolutamente particular —de cierto modo, técnico— que el *Curso* le confiere a esta palabra no es, sobre todo no es, “expresar ideas”. Ni, como queda inapelablemente claro unas páginas más adelante, designar cosas. “Significar” —así lo recalca la profesora Saavedra— es un hecho de lengua. Un efecto. Un proceso de lengua. El que la define y el que sólo ella (de acuerdo con la inagotable tesis de Barthes) o el que preminentemente ella (si se toma a la letra el *Curso* y algunos otros textos saussureanos) efectúa. No se significaría *a través* de la lengua o *con* ella, como una tradición casi inabarcable ha llevado a pensar, o se ha desvivido por hacer pensar. Y por hacer que el pensamiento haga lo suyo pensando *a través* o *por medio* de ella. Se significa *en* la lengua. Y según un principio no sólo del Saussure del *Cours*, sino del de todos los textos manuscritos, se significa por ser signo. Se significa *siendo* signo. “Representar”, “expresar”, “comunicar”, “referir”, “denominar”, “designar”, etcétera, podrían ser fenómenos lingüísticos en la medida en que, según la fórmula clásica en lexicografía, serían propios o relativos al lenguaje. Significar, por otro lado, es un hecho lingüístico en la medida precisa en que es inherente al objeto lengua en el que reposan los pilares de esa ciencia lingüística a la que el *Curso* buscaba conferirle la misma *e* mayúscula de su “único y verdadero objeto”. Aunque el Saussure del *Curso* parezca mucho más lacónico y hasta parezca desentenderse con una seguridad programática imperturbable de la dimensión que identificaríamos hoy como “semántica” que lo preocupa manifiestamente en otros textos, la versión de Bally y Séchéhayé afirma con solidez la heterogeneidad —la heterotopía, diríamos nosotros— de aquellos fenómenos con respecto a este hecho. Del lugar de las representaciones, de la expresión, de la referencia o de la comunicación habrán de ocuparse la psicología o los filósofos. De la significación, de ese proceso representado por las elipses con las que el *Curso* ilustra su concepto de signo, de ese efecto de correlación indisociable de la producción y de la consubstancialidad de un significante y de un significado, la lingüística no podría separarse, en ninguna circunstancia, para tener sentido como ciencia digna de tal nombre, para tener al sentido como su objeto y para reconocer al tener-sentido como instancia *positiva* de una ciencia del lenguaje. La relevancia de este principio de la lingüística saussureana subsumía el poder —enfaticaba Alcira Saavedra— de un descubrimiento: el sentido será *en* la lengua o no será. Y movilizaba la fuerza inventiva de un pensamiento resuelto y audaz frente al vértigo de lo inopinado —en realidad de lo impensado—: en contra de la apariencia dóxica o usual del término “significado” (*signifié*), la exploración de Saussure (arduamente interesada en esta cuestión, crucial, no sólo por terminológica sino, ante todo, por epistemológica, como se confirma en los manuscritos) enfrentarían al pensar y al Pensamiento, a esta figura de *lo que es pensar* casi monumental y sobredeterminada por lo filosófico en un privilegio, también, casi exclusivo, a una idea de la idea o a una noción de lo nocional inapelablemente independiente, e incluso radicalmente indiferente a cualquier Saber, a todo saber capaz de dar razón de sí mismo. El significado —ese término que en inglés muestra quizá mejor su extrañeza, oponiéndose a *meaning* como *signified* por un *signifier*— se habrá liberado de su vieja vocación a decir las cosas, a “mimar” las antiguas *pragmata* e incluso el venerable *to pragma auto*, y se habría hecho ajeno a cualquier *noesis*, *dianoia*, o *phronesis*; a cualquier intelección. El significado, tal como insistía la profesora Saavedra, es el ser sentido del que el pensamiento sólo puede saber que lo sabe. Saber *de* lengua, decía Claudine Normand. Saber del ser sentido y no del tenerlo, explicaba Alcira Saavedra. Según la tradición o la técnica, según la *Doxa* y, por supuesto, la *Episteme*: saber de nada o,

simplemente, no-saber. En realidad, ruptura saussureana y punto de partida ciertamente desafiante y abismal para “mostrarle al que piensa el sentido como trabajo”, intención cardinal de Alcira Saavedra en su enseñanza.

Mediante una referencia a Émile Benveniste, quien en el poliédrico y todavía polémico artículo “Naturaleza del signo lingüístico” (Benveniste 1966a) buscaba que “restaurando la verdadera naturaleza del signo” se “afianz[ara], más allá de Saussure, el rigor del pensamiento saussureano” (Benveniste 1966a, 55); mediante ésta, una referencia a quien ella instaba a apreciar como agudo intérprete saussureano tanto como verdadero pensador del lenguaje, Alcira Saavedra exponía una deducción categórica, corolario de aquel ser-sentido que develaba en el núcleo mismo del significar. Para hablar con mayor precisión, habría que recordar que esta referencia venía acompañada de otra, también a Benveniste, pero a otro artículo, igual de fértil y célebre que el de la “Naturaleza...”: “La forma y el sentido en el lenguaje” (Benveniste 1974). Del primero, la profesora Saavedra extraía la “necesidad” que Benveniste veía allí donde Saussure vio “arbitrariedad” y la emplazaba allí donde ambos situaban la *realidad* de la lengua: en la (in)conciencia, en la conciencia inconsciente del hablante; donde se sabe que algo de la lengua es, sin poder por ello hacer conscientemente que lo sea o no lo sea. Alcira Saavedra concluía: es *necesario* saber que el sentido *es* —o no es— tanto como es *necesario* saber que no es sentido *de* algo —o del mundo o de una cierta universalidad de los procesos de pensamiento—. El sentido se sabe como necesidad. Sin más. Del segundo artículo, la conclusión podría decirse aún más sintéticamente: hay saber del sentido o no hay ni saber ni sentido. Más claramente y aprovechando el conocido ejemplo de Benveniste (Benveniste 1974, 222): no se sabe del camello —ni de uno ni de cualquiera, ni del del mundo ni del de la mente—, no se sabe del “calello” tampoco. Se sabe camello: se sabe “camello”. De los dos, la deducción de la profesora Saavedra, nada trivial y transparentemente sintética (tanto de las fundamentales problemáticas que trataban uno y otro, como de los términos y ejemplos que cada uno hizo célebres), era: “yo sé buey —y “buey”— como un francés *sabe* bœuf —y “bœuf”—”. Y de ahí el corolario que anunciábamos más arriba: más allá de lo que las diferentes definiciones y configuraciones del saber han hecho del lenguaje, más allá de lo que la larga e intrincada tradición de estudios sobre el lenguaje han permitido conocer de él y más allá de lo que este conocimiento ha permitido o ha aportado —ha determinado— a la conformación de un Saber y de unos saberes; más allá de lo que la lingüística nacida del *Curso* pudo tomar u ofrecer a un marco específico de saber y de saberes, más allá, en pocas palabras, de las posibles relaciones entre la lingüística y los fundamentos y derivaciones epistemológicos, esta ciencia del lenguaje, tal como ha visto la luz por las investigaciones saussureanas, encarna la condición de posibilidad, si no de *la* epistemología, al menos sí de una epistemología. De aquella que se fundaría en la forma absolutamente singular en que define su propia —y nunca antes vista— relación entre saber y sentido; como significar. Como trabajo de la lengua que permite no sólo describir, analizar o saber algo acerca de su propio funcionamiento o de sus leyes, sino que permite, como el primero de sus posibles, saber. De acuerdo con Alcira Saavedra: Saber, ni más ni menos.

2.2. Saussure y el (no) ser sentido

Ahora bien, para ella éste, del significar y del signo, era sólo uno de los “saussures” que hacían acto de presencia en el *Curso*, y uno de los dos en que se centraba su lección. El otro, al que ella no dudaba en oponer al de

la unidad, la elipse, el vínculo entre significante y significado, era el que llamaba “el del valor”, el de la “teoría del valor”. Por juzgar, a pesar de la potencia transformadora que hemos visto que descubriría en él, demasiado “monista” al Saussure del signo, enfatizaba —casi siempre como contraparte, aunque algunas veces como complemento (y sabemos hasta qué punto no estaba sola en esta ambivalencia)— lo revolucionario del del valor. Si bien es cierto que, después de presentar su Saussure del signo como lo hicimos, decir ahora que Alcira Saavedra le oponía, por revolucionario, el del valor, revelaría una contradicción o en su enseñanza o en nuestra presentación, el nudo muy seguramente esté en otro lugar, en el mismo sintagma “Saussure del signo”. Es posible que su profundo conocimiento del trabajo de Jacques Derrida y la relevancia que le concede en el suyo propio no hubieran sido necesarios para percibir en el signo, en cualquiera de sus formulaciones, incluso en la de quiebre o ruptura de Saussure, un indicio regresivo a lo idéntico, a lo esencialista, a lo unitario, a la oposición dual, al clivaje sensible-inteligible, en una palabra a la metafísica. A la más tradicional y robusta, a la que no cuenta sólo al de signo como uno de sus conceptos principales, sino que se funda en él. Sin embargo... tanto Alcira Saavedra como Derrida tenían presente que el primero en deplorar el nombre “signo” y el que, quizás con más eficacia, lo “exapropió” de aquella tradición logo-céntrica fue el propio Saussure.

Es evidente ahora, y fácilmente comprensible después de lo dicho, que no fuera difícil para la profesora Saavedra destacar el potencial revolucionario de este otro Saussure que aparece en el *Curso* subrayando que “en la lengua no hay más que diferencias” (Saussure 1994, 144) y transformando aquella definición equívoca y en el fondo —esa sí— contradictoria de la lengua como “sistema de signos que expresan ideas” (Saussure 1994, 43) en: “la lengua no puede ser otra cosa que un sistema de valores puros” (Saussure 1994, 136). Tratándose de mostrarle al que piensa el sentido como trabajo, nada mejor que hacer notar que “hecha abstracción de su expresión por medio de palabras, nuestro pensamiento no es más que una masa amorfa e indistinta”:

Filósofos y lingüistas han estado siempre de acuerdo en reconocer que, sin la ayuda de los signos, seríamos incapaces de distinguir dos ideas de manera clara y constante. Considerado en sí mismo, el pensamiento es una nebulosa donde nada está necesariamente delimitado. No hay ideas preestablecidas, y nada es distinto antes de la aparición de la lengua (Saussure 1994, 136).

Después de haber sido trabajosamente (y de hecho nunca *efectivamente*) descartado como definición del Saber Verdadero por Sócrates en el *Teeteto* (208c y ss.), el “saber de la diferencia” tendría, de pronto, una segunda oportunidad. Y ya no sólo como *definiens* de *Episteme*, sino como su posibilidad misma. “Saber de la diferencia” que, como acabamos de advertir, se encuentra en el *Curso*, como sistema puro de diferencias lingüísticas —i.e. significativas—, en el origen de toda ideación, al comienzo y al final de todo concepto. “Saber de la diferencia” que, como dijera Alcira Saavedra, sería, habrá sido, desde siempre y desde el origen, trabajo de la lengua. “Saber de la diferencia” que convendría como nombre o sinécdoque de la “teoría del valor”. Ya este Saussure, el de “El valor lingüístico” del *Curso*, trataba de aclarar que el pensamiento recurre “por lo general, y sobre todo” a “la propiedad que tiene la palabra de representar una idea” (Saussure 1994, 138) y que de esta tendencia el esquema de la elipse con la flechas que conducen recíprocamente del significado al significante serviría de imagen.

Fiel a su origen, el pensamiento se regocijaría al mirarse, y reconocerse, en el espejo del significar, de lo que en este punto preciso llama Saussure “significación”. Pero, como no dejaría de insistir Alcira Saavedra, el trabajo del sentido propio de la lengua no se limitaría en complacer al pensamiento poniendo ante él la figura apacible de la idea. Como ya el Saussure del signo hacía notar, aunque ante la significación el pensamiento debería sorprenderse al reconocer en ella su origen y no, como acostumbra a hacerlo, su reflejo, por identificar al significado como idea, el pensamiento podría seguir mirándose en tranquilidad. La profesora Saavedra no dejaba, por su parte, de llamar la atención sobre lo perturbador del descubrimiento saussureano del valor para el pensamiento que se retrata en esta escena.

Que “*en la lengua no hay más que diferencias*”, recordábamos hace poco que dice el *Curso*, estableciendo de ese modo el punto focal de todo el desarrollo de la teoría del valor. La lección de Alcira Saavedra nos impediría ahora olvidar que hay que apresurarse a leer:

Todavía más: una diferencia supone, en general, términos positivos entre los cuales se establece; pero en la lengua sólo hay diferencias sin términos positivos. Ya se considere el significante, ya el significado, la lengua no comporta ni ideas ni sonidos preexistentes al sistema lingüístico, sino solamente diferencias conceptuales y diferencias fónicas resultantes de ese sistema (Saussure 1994, 144).

Por si aquel pensamiento plácido aún quisiera contemplarse en su idea, en la idea de que las ideas son *sus* ideas, habría que seguir leyendo: “Lo que de idea o de materia fónica hay en un signo *importa menos* que lo que hay a su alrededor en los otros signos” (Saussure 1994, 144; es el único subrayado que introducimos nosotros en las citas que hemos hecho hasta el momento).

¿Podría encontrarse una disolución —por no decir “deconstrucción”— más radical y, por lo tanto, más aporética del concepto de signo? El signo — Saussure no se detiene aquí y va más allá— desaparecería por la acción, la transformación, la desaparición... de otros signos, sujetos, a su vez, a la misma ley, al mismo funcionamiento, a los que sólo la lengua como sistema gobierna. Gobierno, como lo precisaba Alcira Saavedra, que no es ni soberanía, ni plan, ni ejercicio de lo preconcebido, sino que es juego, azar, articulación y trabajo. Trabajo de lengua, trabajo de sentido; trabajo de sentido que consistiría *en efecto*, y quizá en primer término, en producir indeterminablemente la (des)aparición de la idea (imposible determinar o saber —*saber*— en qué *forma* aparecerá o desaparecerá una idea del campo del sentido y del saber) como mutación incesante de la significación. Si este Saussure del valor sentenciaba que “[e]l pensamiento, caótico por naturaleza, se ve forzado a precisarse al descomponerse” (Saussure 1994, 137), la profesora Saavedra añadía —todo menos insensible a la polisemia, al juego, al peso y los alcances de una frase semejante—: la procesividad (ese proceso que no es en ningún momento *ergon*, sino incesantemente *energeia*) de la relación significante/significado explicaría bastante bien, y con el éxito que ha constatado la historia, la “descomposición” del pensamiento que muy seguramente tenía Saussure en mente con aquella frase: la de cierto *análisis*, la de los “deslindamientos recíprocos de unidades” (Saussure 1994, 137); en pocas palabras, la de la con-formación del signo lingüístico. Pero el valor daría cuenta por su parte de otra “descomposición” del pensamiento: la irremediable de no ser ya pensamiento de *lo que es* (ni del *to on*, ni de la *ousia*, ni del *to ti en einai*; ni siquiera el de un cierto *logos*),

sino de un *no-ser* puntual y, de hecho, originario y absoluto: determinante de la posibilidad misma de cualquier relación, de cualquier entidad, unidad, identidad o realidad. Hemos visto ya que, según la profesora Saavedra, la lingüística saussureana decreta que hay que saber del o sobre el lenguaje que “se sabe camello —y “camello”— sin más” y que “sé buey —y “buey”— como un francés sabe *bœuf* —y “*bœuf*”—”. Ahora, es preciso agregar lo que esta misma lingüística hace que el lenguaje le haga saber al pensamiento y al Saber: “sé camello —y “camello”— *porque no sé* dromedario —y “dromedario”— ni sé cabello —o “cabello”—”. Alcira Saavedra podía conducir a la perplejidad precisando que ese ser-sentido que había aparecido antes, que se sabía como necesidad sin más —como sentido y necesidad en ningún caso *de algo*—, era ser-sentido —y no tenerlo, repitamos—, ahora en cuanto valor, en la medida precisa en que *no es*: no es una identidad, ni una unidad, ni un término, ni una substancia, ni un tipo particular, por más extravagante o *sui generis* que fuera, de ser. Habría signo, habría significado, significante, habría buey y “buey”, y habría significación. Habría sin que lo fueran, sin ser como tales, sin *serlo*. Habría necesidad de lengua, que es juego, intersticio, y movimiento de diferencia. Para el Saussure del *Cours* (por no hablar del de los estudios sobre las leyendas germánicas o del de esa obra, *De la double essence du langage*, cuyo mero título constituye ya un desafío ontológico), “se trata de ese hecho en cierta manera misterioso: que el ‘pensamiento-sonido’ implica divisiones y que la lengua elabora sus unidades al constituirse entre dos masas amorfas” (Saussure 1994, 137). Para Alcira Saavedra, mostrarle, entonces, al que piensa el sentido como trabajo, como trabajo de lengua, empezaría por reconocer en el enigma de ese “pensamiento-sonido” no ya un recurso expresivo *ad hoc*, una salida retórica o pedagógica más o menos puntual y verdaderamente adecuada, sino una manera insospechada de definir al pensar. Al Pensamiento. Para Alcira Saavedra se trataría, mucho más allá de una definición de un cierto “pensamiento lingüístico”, más allá de una definición del modo particular en que la Lingüística se dotaría de una configuración del pensamiento —o del Pensamiento— operativa para sus propios fines de ciencia regional, y más allá de una definición de lo que el pensar ya no podría ignorar del lenguaje, se trataría, en última instancia, de una definición del pensar como tal. O como ella preferiría decirlo: del pensar sin más. Una definición que es una determinación del Pensar *en* lengua. En el que sería su primer y seguramente su último lugar.

A partir de este Saussure pensado en Colombia (y por qué no decirlo: puesto a pensar y a hacer pensar allí), que no es, evidentemente, el Saussure *de* Colombia ni es, tal vez, nada más que *un* Saussure; a partir, entonces, de este Saussure que se desdoblaba al menos en dos para ella, Alcira Saavedra proseguía su enseñanza hacia otros lingüistas y pensadores de los hechos de sentido. Prosiguió también sus investigaciones encaminadas a formular una “gramática procesiva” que no vio la luz más que en sus principios básicos (Saavedra y Reggiori 1986, Saavedra 2002, Saavedra 2015) y de la que no hay más que unos pocos ensayos de ilustración o de puesta en obra (Saavedra y Reggiori 1996, Saavedra y Reggiori 2001). Para hablar de ellas y de los “saussures” que seguramente se insinúan, resuenan o toman la palabra allí a lo mejor haga falta otro centenario.

Bibliografía

- » Arrivé, Michel. 2007. *À la recherche de Ferdinand de Saussure*. París: PUF.
- » Benveniste, Émile. 1966a. "Nature du signe linguistique". En *Problèmes de linguistique générale 1*. París: Gallimard.
- » ———. 1966b. "Saussure après un demi-siècle". En *Problèmes de linguistique générale 1*. París: Gallimard.
- » ———. 1974. *Problèmes de linguistique générale 2*. París: Gallimard.
- » Bouquet, Simon y Laurent Wolf. 2004. "Il faut relire Ferdinand de Saussure dans le texte". *Texto! (diciembre): en línea*. <http://www.revue-texto.net/index.php?id=1766>
- » Bouquet, Simon. 1997. *Introduction à la lecture de Saussure*. París: Payot.
- » ———. 1999. "La linguistique générale de Ferdinand de Saussure: textes et retour aux textes". *Texto! (diciembre): en línea*. <http://www.revue-texto.net/index.php?id=1758>
- » ———. 2005. "Après un siècle, les manuscrits de Saussure reviennent bouleverser la linguistique". *Texto! (junio): en línea*. <http://www.revue-texto.net/index.php?id=1756>
- » De Mauro, Tullio. 2005. *Cours de linguistique générale* de Ferdinand de Saussure. Edición crítica. París: Payot.
- » Engler, Rudolf. 1959. "CLG und S.M.: eine kritische Ausgabe des 'Cours de linguistique générale'". *Kratylos 4*: 119-132.
- » Foucault, Michel. 1969. *L'archéologie du savoir*. París: Gallimard
- » Godel, Robert. 1957. *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale de F. de Saussure*. París, Ginebra: Minard, Droz.
- » Kremer, Marietti, Angèle. 1985. *Michel Foucault: Archéologie et généalogie*. París: LGF.
- » Normand, Claudine. 1995. "La coupure saussurienne". *Linx 7*: en línea. <http://linx.revues.org/1157>
- » ———. 2004. *Saussure*. París: Les Belles Lettres.
- » Saavedra, Alcira y Danielle Reggiori. 1986. "Modèles processifs du langage". *Semiotica 61* (3-4).
- » ———. 1996. "La lune: l'improbable discours de Lorca". En *Language and style*. Nueva York: University of New York Press.
- » ———. 2001. "Lorca/Derrida: le pas de sens ou le dire en réalité". En *Language and style*. Nueva York: University of New York Press.
- » Saavedra, Alcira y Hernando Salcedo Fidalgo, ed. 2015. *Jacques Derrida: Hostilidades y hospitalidades*. Bogotá: Universidad de los Andes, Universidad Externado.
- » Saavedra, Alcira, Juan Ricardo Aparicio, Gregory Lobo y Camilo Quintana. 2010. "Respuestas a un cuestionario: Posiciones y situaciones". En *En torno a los estudios culturales: Localidades, trayectorias y disputas*, editado por Nelly Richard, 57-66. Santiago de Chile: Arcis.
- » Saavedra, Alcira. 2002. "El sentido es el lenguaje que significa: más allá o más acá del orden logocéntrico del saber". *Revista de Estudios Sociales 13*: 13-26.

- » ———. “Jacques Derrida: el duelo de la amiga en *Políticas de la amistad*; Ecos de una queja”. En *Hacer visible lo visible: Lo privado y lo público. Serie Razón en situación 2*, Departamento de Filosofía, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes. Bogotá: Corcas.
- » ———. 2006. *La escritura de Marguerite Duras: La memoria del cuerpo en la lengua francesa*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá: Ediciones Sur.
- » ———. 2015. “Don de lengua o la instancia donde no hay nadie para saber”. En *Jacques Derrida: Hostilidades y hospitalidades*, 419-442. Bogotá: Universidad de los Andes, Universidad Externado.
- » Saussure, Ferdinand de. 1994. *Curso de lingüística general*. Traducido por Amado Alonso. Buenos Aires: Losada.
- » Starobinski, Jean. 1971. *Les mots sous les mots: Les anagrammes de Ferdinand de Saussure*. París: Gallimard.
- » Verón, Eliseo. 1993. *La semiosis social: Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.